CANTO XV.

Aparécense resucitados á Neftoa, á Dilean, á Tabita, á Cidlia, á Estéban, á Bernabé-José, levita de Chipre, á Porcia y á Beor.—Abraham y Moisés quieren aparecerse á Saul; pero Gabriel se lo prohibe.—Otros resucitados se aparecen á Samma y á su hijo Joel, á Elkanan, al jóven Boa, y á la madre de Jesús.—Transfiguracion de Cidlia y de Sémida.

Santa meditacion sobre la vida eterna, tú que tantas veces has penetrado mi alma con tus piadosas vibraciones y tu dulce melancolía, ven á inspirarme de nuevo; porque cuando pasaron en la Tierra las maravillas que celebran mis cantos, reinaba en ella la vida eterna, y los muertos habian salido de sus sepulcros para iniciar á los primeros cristianos en los misterios de las beatitudes celestiales.

Todavía es débil el rebaño de los fieles; sólo es la sagrada semilla que ha de echar profundas raices en la Tierra, y de que saldrá el árbol poderoso cuyas ramas, siempre verdes, se elevarán hasta los Cielos. Y bajo este árbol se abrigarán los *ciento cuarenta y cuatro mil* (1) y todas las cohor-

(1) Todo este pasaje es una imitacion del capítulo VII del Apocalipsis. En este capítulo, San Juan habla de los escogidos, á quienes un ángel marcaba en la frente antes de conducirlos ante al Juez supremo. Ciento cuarenta y cuatro mil de estos escogidos fueron marcados con el sello de las doce tribus de Israel: los demás pertenecian á todas las naciones de la Tierra.

tes, innumerables como las arenas del mar; y los *ciento cuarenta y cuatro mil* cantarán el nuevo himno del trono que ellos solos habrán podido aprender, porque ellos serán los primeros redimidos y los primeros imitadores del Cordero sin mancha. Y las cohortes innumerables, compuestas de todas las razas de todas las naciones de la Tierra, recibirán palmas resplandecientes, se reunirán al rededor del trono, y los ángeles las saludarán prosternándose ante ellas; porque serán levantadas al Cielo á través de las grandes calamidades y de los crueles padecimientos, y lavarán sus vestíduras en la sangre del Cordero.

La sagrada semilla de que saldrá el árbol de la salvacion duerme aun bajo la corteza de la antigua ley. El primer llamamiento á la vida eterna le llegará por medio de los resucitados, y los resucitados se aprestan ya á cumplir esta santa y dulce mision. Su padre, el padre de los vivos y de los muertos, los ve avanzar hácia los muros de Salem, y les dice:

«Id, hijos del Cielo, id: la hora de las apariciones ha sonado. Indicad á los futuros cristianos la estrecha senda de la salvacion; llevad á sus almas la santa sed que han de apagar en las fuentes de la vida eterna. El fundador de la alianza de amor y misericordia os ha permitido escoger á vuestros futuros hermanos. Que vuestra eleccion recaiga en corazones vírgenes y sencillos como corazones de niños. Si os engañáreis, un murmullo procedente del trono celestial os advertirá de vuestro error. Id, y gozad de la inefable felicidad de dar herederos al reino de la luz.»

El amable niño á quien su padre dió el dulce nombre de la más límpida fuente del monte Efraim, Neftoa, quedó grave y pensativo desde el dia en que Jesús lo bendijo y lo mostró al pueblo, para enseñarle á imitar el candor y sencillez de la infancia.

No pudiendo ya tomar parte en los bulliciosos regocijos de los niños de su edad, ha pedido á la soledad y á la meditacion alegrías puras y tranquilas. Neftoa, sin embargo, cuenta apenas ocho primaveras; pero un aliento divino ha madurado su vida, y la bendicion del Salvador, que reposa siempre sobre él, lo sostiene y guia.

Sus ardientes oraciones han saludado los primeros rayos del dia de la resurreccion: la noche de este gran dia lo encuentra aun prosternado en su estancia solitaria, y su alma envia al Eterno este ingénuo cántico.

«¡Tú me oyes, Señor! Sí, sí, lo sé; me oyes aunque no me lo digas nunca. Yo vuelvo siempre á tí, y te imploro con confianza, ¡oh Padre de todos los niños de la Tierra y del Cielo! Nosotros nos prosternamos todos ante tu eterno trono; nosotros que vivimos aquí abajo, y que no tenemos más herencia que las lágrimas, te adoramos desde el fondo de nuestro polvo. Los bienaventurados, que han cesado de llorar, te celebran desde lo alto de sus nubes resplandecientes; y los ángeles, ellos que nunca han llorado, te glorifican sentados en los rayos de las estrellas.

«Todos te piden que aumentes su felicidad; pero te lo piden con calma los de arriba, mientras que nosotros, pobres desterrados en el valle de los sepulcros, te suplicamos con ansiedad que nos lleves á la vida eterna.

«El más grande de los profetas me ha bendecido. Esta bendicion ¿es sólo para este mundo? ¿No da más que flores efímeras como las flores de nuestros jardines? No, no: esa bendicion se refiere á la eternidad..... Yo no sé todavia lo que es una bendicion para la vida eterna, y mis ojos son demasiado débiles para distinguir el camino que ha de hacerme seguir el que me ha bendecido. Me acojo á tu clemencia, Dios omnipotente: hágase tu voluntad. Mi alma, sumergida en las tinieblas de la ignorancia, no sabria comprenderte; mas espera en tí confiadamente.

«¿Qué es, pues, esta vida? Un soplo rápido y abrasador, que pasa por el boton apenas abierto, y el boton se marchita y se inclina á la tierra siempre dispuesta á cubrirlo.

«Pero ¿por qué esta vaga inquietud, que me impele á querer conocer lo que debo ignorar? Semejante á una tierna planta que crece en un suelo árido, ¿no deberia esperar más bien á que un jardinero inteligente viniera á trasplantarme al fértil suelo de la luz y de la paz?... ¿Qué puedo yo esperar en medio de las sombrías nubes que rodean mi alma? ¿No son innumerables las cosas que yo ignoro?..... Cálmate, corazon demasiado ardiente: esa sed de saber será un dia satisfecha por aquel que te la ha dado...

«Tú, que sólo has dejado á mi infancia la sonrisa melancólica de una vaga esperanza, ¿quieres que vuelva entre mis amigos, que solo me ocupe con ellos en los placeres de nuestra edad, y que jugueteando espere á que la sabiduría de arriba venga á iluminarme? Porque así estaba yo cuando tú me tomaste para bendecirme en presencia del pueblo reunido.»

Así canta el niño Neftoa, y su ángel custodio, en pié cerca de él, escribe su dulce plegaria en las páginas sagradas del libro de la vida.

En tanto que los caractéres de fuego nacen bajo los dedos del inmortal, Benoni, el hijo resucitado de Samma, se acerca y mira, ora al piadoso niño, ora al serafin que le indica con el dedo la página en que acaba de escribir el cántico de Neftoa.

Benoni lee, y domina su admiracion para escuchar al piadoso niño, que sigue orando así:

«Alabado y glorificado seas, tú que me has colmado de

beneficios, tú que me has hecho bendecir por el más grande de los profetas. Tus hijos sobre la Tierra son innumerables; muy pocos, sin embargo, podrán celebrar dignamente tu bondad infinita, la cual se manifiesta en todo cuanto existe. El débil párvulo da testimonio de ella en su primera sonrisa. Séame permitido cantar con tímida voz tus alabanzas; porque — tu profeta lo ha dicho — tú no desdeñas el balbuceo de un niño.»

Benoni queria mostrarse al hermano de su eleccion bajo la forma de un niño venido á Jerusalem para asistir á la fiesta pascual; pero su emocion le hace olvidar su prudencia, y se le aparece de pronto graciosamente envuelto en una brillante nube.

Neftoa le ve sin estremecerse; porque su alma se ha familiarizado con las visiones celestiales, que desde hace mucho tiempo embellecen sus ensueños. Ensortijando á sus dedos los dorados rizos de la cabellera de Benoni, le mira sonriéndose, y le dice con tierno abandono:

—«Sé que el Profeta te ha enviado á mí. ¿De dónde vienes?... Pero qué importa? eres un mensajero de paz y de ventura. Habla, y que el arpa celestial que tienes entre las manos acompañe tu voz. Canta, hijo de la luz, canta la gloria de Dios y las beatitudes de los hijos de la Tierra que se ha dignado llamar á sí. Yo tenia una tierna hermana, inocente y bella como los ángeles, y la ví dormirse sobre un lecho de rosas y bajo el aliento halagüeño del aura matutinal. Mi hermana no se ha despertado más. ¿Vienes tú á traerme un mensaje de su parte? ¿Qué te ha dicho?... Doy gracias al Señor por haber puesto mi muerte tan cerca de mi nacimiento: Neftoa tambien morirá muy pronto. Es eso lo que ella te ha dicho, ¿no es verdad? ¡Oh! yo te lo ruego, no vuelvas sin mí cerca de mi hermana. ¡No me

contestas, mensajero de Dios! ¿Te han ofendido mis palabras?»

—«Tu ingénua y santa alegría, querido Neftoa, me ha hecho guardar silencio hasta ahora. Sí, el Señor me envia á tí. Jesús — tú lo ignoras aun — Jesús ha muerto en la cruz; pero ya ha resucitado, y muy pronto volverá á su trono inmortal. Entonces sus amados darán testimonio de su muerte, de su resurreccion y de su vuelta al reino de los Cielos. Escucha á esos primeros escogidos, que te enseñarán todo lo que un mortal puede y debe saber para seguir sus huellas, y un dia te recibirá tu hermana bajo la dulce sombra del árbol de la vida. Adios, querido Neftoa; es preciso que te deje.»

—«¡Aguarda! ¡oh! aguarda, yo te lo ruego; déjame contemplar tu brillante rostro, brillante y dulce como los primeros rayos del Sol.»

Pero Benoni ha desaparecido ya.

Neftoa cree verle todavía, le llama y le tiende los brazos. Convenciéndose en fin de que su celestial amigo se ha ido, alza las manos juntas al Cielo, y se sonrie á través de las piadosas lágrimas que inundan sus mejillas; porque siente que desde ahora no estará ya solo sobre la Tierra.

Sin embargo, Benoni y el ángel custodio permanecen á su lado, aunque invisibles, y no sin santa alegría le oyen dar gracias al Dios de misericordia por haberle enviado un gracioso mensajero, precursor de altas revelaciones.

Dilean ha conocido y amado á Jesús. Sabedor de su muerte, ha venido á Jerusalem con la esperanza de saber la feliz nueva de su resurrecion; pero las vagas y contradictorias narraciones que han llegado á él, han infundido en su alma la duda y el desaliento.

Después de haber buscado en vano algun alivio á su

dolor en un largo paseo á través de las risueñas campiñas que la Primavera decora con sus frescas galas, la noche lo sorprende cerca del monte de las Olivas. Quiere volver atrás, y se encuentra luego sin saber cómo en los sepulcros.

En medio de esta lúgubre mansion, oye un confuso rumor, en que quiere reconocer el ruido del torrente Cedron y el murmurio de las palmeras del valle de Gethsemaní. Pero casi al mismo tiempo descubre á lo lejos un resplandor vacilante.

Adelántase en esta direccion, y llega á un subterráneo, de donde algunos hombres sacan huesos humanos. Un jefe de familia, venido á la miseria, acaba de vender este sepulcro á un rico, y los restos de los mayores del pobre son arrojados del asilo donde se creia que pudieran yacer en paz.

Dilean toma una de las antorchas que alumbran la operacion, y entra hasta el fondo de la bóveda. Allí se apoya en la roca, y contempla en silencio el siniestro trabajo de aquellos hombres, que, cargados de blanqueados huesos, se alejan con tardo paso, y vuelven con aire indiferente á buscar nuevos despojos humanos.

—«¡Oh! ¡Vosotros, cuyo reposo es de tal manera turbado! dice para sí Dilean: yo envidio vuestra suerte, pues sois dichosos... Tambien yo lo seré, cuando no quede ya de mí más que un puñado de polvo. Yo tenia un amigo fiel; una mujer amada iba á unir su destino con el mio, y los dos me abandonaron... ¡murieron los dos!...

«Jesús, el más grande de los profetas, me enseñó á buscar la felicidad más allá del sepulcro. Los sacerdotes han inmolado á Jesús á sus salvajes ódios. ¿Puedo creer aun que exista una vida futura? ¿Puede preparar Dios á los hombres felicidades eternas, cuando permite que el más virtuoso de todos sea víctima de la perversidad de los malos? ¿No soy más que un poco de polvo, que el frio viento del sepulcro dispersará para siempre? ¿Duerme Jesús el sueño de la muerte ó ha resucitado?...

«Ninguna voz me contesta á estas terribles preguntas. Quiero dirigirlas ahora á vosotros, que desde tanto tiempo há dormís en el sepulcro. No es al polvo de vuestros huesos á quien pregunto, sino al aliento que os animaba. ¿Qué ha venido á ser ese aliento?... ¿Habita el reino de la luz?... ¿Es feliz y olvida á su infortunado hermano, que, retenido aun en lazos mortales, duda y sufre?...»

Los desenterradores han acabado su trabajo, y el sepulcro queda desierto y silencioso.

Solo ya Dilean, se abandona sin reserva á su emocion, y exclama:

«¿Dónde estais, misteriosos habitantes de los cuerpos que vinieron á ser aquí presa de la destruccion?... Los huesos de Eliséo despertaron á un muerto: su alma viviente estaba, pues, cerca de sus restos; porque lo que está muerto no puede dar la vida. Si hay aquí un alma, una sola, que venga y me descubra el porvenir: yo veré sin espanto el alma que evoco. Sí, yo te evoco: en nombre de los últimos dolores que rompieron tu pensamiento; en nombre de las angustias de tu agonía, agonía que te mostraba, ya las delicias del Cielo, ya los horrores de la nada, ¡yo te conjuro, oh alma, que te me aparezcas!»

Thirza, la madre de los siete mártires, se acerca blandamente al desgraciado cuya desesperacion la conmueve é interesa: ella es quien lo ha conducido en medio de los sepulcros. El amigo fiel y la prometida de Dilean velan con ella por su amado, á quien la desesperacion empuja por torcida via.

Espantada de la invocacion que Dilean acaba de hacer en

medio de los sepulcros, la jóven va á aparecérsele; pero Thirza le recuerda que esta mision le pertenece á ella.

Entre tanto Dilean, que no espera ya que las sombras que ha invocado respondan á su llamamiento, añade con voz sofocada:

—«Amado compañero de mi infancia, y tú, ángel custodio mio en forma de mujer, los dos me abandonásteis y me dejásteis solo en medio de las tinieblas de la noche... Pero ¿qué veo? ¡Un sér fantástico se forma, se levanta, se destaca de la oscuridad..., se dirige hácia mí!...»

Y esto diciendo, corre al encuentro de Thirza, que se le aparece en todo el esplendor de su inmortalidad.

Dilean se estremece, se detiene, avanza de nuevo, contempla la vision, y le dice con rápido y agitado acento:

—«¿Podrás tú comprenderme, ó no eres más que uno de esos vapores nocturnos, una de esas fulguraciones efímeras que surcan las tinieblas? ¿Eres solo una creacion fantástica de mi cerebro enfermo?»

Thirza le mira con celestial sonrisa, y el jóven Dilean continúa diciendo:

—«Habla: ¿quién eres?»

La madre de los siete mártires contesta, en fin, con una voz armoniosa, que el eco de las bóvedas sepulcrales repite en trémulas vibraciones:

—«¿Quién soy?... Más tarde lo sabrás: basta que ahora te aproveches de la enseñanza que te traigo. Empero no creas que vales más que tus hermanos, porque un habitante de los valles de la paz se digne aparecerse ante tí. El ciego de nacimiento á quien Jesús dió clara vista es, como todos, un hijo de Dios; si sus ojos se abrieron á la luz, fué para que un dia pueda dar testimonio de la gloria de su Salvador. Tú tambien entrarás en el número de estos testigos; y para darte fuerzas con que puedas cumplir tu mision, vengo á decirte: ¡Jesús ha resucitado! Pero yo no respondo al llamamiento que tu desesperacion te ha sugerido: Dios suele perdonar la duda, pero no la premia jamás, y nada podria modificar sus inmutables designios. La especie humana entera puede dudar de su vida futura: cuando acabe el tiempo aprenderá que, para ella, la eternidad comienza más allá del sepulcro.»

Dice, y calla. Y la trompeta y voces tonantes resuenan por todas partes.

Dilean no puede ver de dónde parten estos sonidos terribles, que le llenan de espanto. Muy luego sucede á ellos una dulce armonía que transporta su alma á las regiones celestiales, donde oye repetir las últimas palabras que Thirza acaba de dirigirle.

El sepulcro queda otra vez sombrío y silencioso, y Dilean se prosterna y ora:

—«A tí que acabas de aparecérteme, no me atrevo á preguntarte, y me prosterno en el polvo ante Dios que te ha enviado. ¡Vencedor de la muerte! perdóname mis dudas y temores: haz que alcance el noble fin que por tu voluntad acabo de entrever; y cuando suene mi última hora, feliz y tranquilo, me elevaré hácia tí y mis amados.»

Thirza, ya invisible, le hace oir estas consoladoras palabras:

—«Ahora que no te atreves á preguntarme, mereces que yo te conteste. Soy la madre de los siete mártires: tu amigo y tu prometida están aquí conmigo, y volvemos al reino de la luz, donde un dia nos encontrarás; pero en la Tierra te aguarda ya una alta felicidad. El Mesías va á ir á Galilea, y allí se mostrará á *quinientos fieles* á la vez: tú serás de este número.»

Dilean no oye nada más; pero le parece que un suspiro de amistad y de amor roza sus mejillas. Abismado en una santa meditacion, sale de los sepulcros, y marcha de frente al Sol, que se eleva en el horizonte. Pero más de una vez se vuelve y contempla la bóveda sepulcral, á dónde el Mesías se ha dignado enviarle un celestial consuelo.

Tabita, la más hábil de las bordadoras, está sentada ante un tapiz de Tiro, que enriquece con un cuadro más sombrío que los que ordinariamente nacen bajo los dedos de una mujer (1). Es un sepulcro, el sepulcro de la madre de Benoni, que no ha podido sobrevivir á la deplorable muerte de su amado hijo, lo que la aguja de Tabita borda en el fondo del tapiz.

Llevada de sus ideas melancólicas, ha representado á Raquel arrodillada sobre el fúnebre monumento, y cerca de ella á su hijo Benjamin, que apartando los ojos llenos de lágrimas, le hunde un puñal en el corazon. En el momento en que su vista, turbada por una santa piedad, cree ver este puñal teñirse de sangre, una persona extraña, pálida y temblorosa, entra repentinamente: es Débora. Largos vestidos de luto la envuelven; ha tomado la forma de una mujer jóven y bella, pero su expresion revela el sufrimiento. Tal así las nubes que á veces velan una mañana de Primavera, lejos de debilitar su encanto, le dan un atractivo misterioso, que transporta el alma á las regiones desconocidas de otra vida.

—«Acabo de conducir á la más querida de mis amigas á su última morada, dice la profetisa: las fuerzas me

(1) Tabita, célebre por su piedad y buenas obras, fué una de las primeras cristianas. Cayó enferma y murió; pero San Pedro la resucitó. Este milagro convirtió un gran número de gentiles y judíos á la fé cristiana.—*Hechos de los Apóstoles, cap. IX.*

abandonan; permíteme reposar un momento cerca de tí... ¡Reposar!... ¡Oh! mi amiga ha encontrado por fin el descanso; mas para mí, que tanto la amé, no hay ya en este mundo nada más que lágrimas...»

Así diciendo, se apoya en su arpa, que despide sonidos lastimeros.

Tabita se adelanta hácia la desconocida, que la detiene dulcemente diciendo:

—«Vuelve á tu trabajo: allí tambien sangra una herida, para la cual no hay bálsamo en la Tierra: deja que brote sangre la mia (1).»

Y Tabita vuelve á tomar en silencio la seda y la aguja.

Débora pulsa las cuerdas de su arpa, y las cuerdas dan sonidos semejantes al murmurío de un arroyo que fluye en medio de un espeso bosque, donde reina aun el silencio amenazador que precede y anuncia la tempestad.

Muda de sorpresa, Tabita escucha, y su arrobamiento aumenta, cuando la profetisa, uniendo su voz á los armoniosos acordes de su arpa, canta así:

«¡Dios todopoderoso! solo cerca de tí recibirá el premio de sus virtudes la muerta que he escogido por hermana. ¿Qué son los sufrimientos de esta corta vida, cuando tú les reservas eternas recompensas?... Murió en la flor de su edad; pero ¿qué es el boton de la rosa, que marchita un soplo abrasador, ante el cedro divino que la tempestad ha derribado en la cima del Gólgota? En su terrible caida se han derrumbado los mundos que flotan en el espacio, y estremecido las rocas y los sepulcros de la Tierra.»

Calla, y su arpa no da ya más que sones moribundos.

(1) Esta amiga de que habla aquí la profetisa, es la misma Tabita. Suponiéndola ya muerta, la llora, y con revelaciones misteriosas la prepara á la suerte que la espera.

De repente las cuerdas vibran de nuevo, y la profetisa continúa su himno:

«Algunos mortales llorosos, y todos los habitantes de los Cielos, invisibles bajo sus largos velos de luto, componian el fúnebre cortejo del que murió en la cruz. La Tierra no oyó su canto de muerte, lúgubre como el último suspiro de los niños inmolados á orillas del rio de los siete brazos; pero vosotras lo oísteis, estrellas resplandecientes; y tú, balanza eterna del Juez supremo, tú lo oiste tambien. Una roca que rodó lentamente cerró la entrada del sepulcro; un ruido sordo resonó bajo la bóveda sepulcral, y este ruido subió hasta el Cielo con el polvo de la Tierra. El Muerto durmió, y vosotras continuásteis vuestra marcha eterna, estrellas resplandecientes...

«Pero el Muerto no durmió mucho tiempo: apenas los Oriones habian dado un paso en sus órbitas inmensas, apenas uno de los platillos de la balanza del Juez supremo se hubo inclinado, cuando ya no dormia el divino Muerto. El Salvador resucitó en toda su gloria, en toda su magnificencia. Celebremos su resurreccion, nosotros á quienes él ha escogido para dar de ello testimonio...

«La mujer prosternada en este sepulcro, que ha creado tu aguja ¡oh Tabita!, y el hijo que clava un puñal en su maternal corazon, están entre los innumerables testigos del Mesías...

«¡Te lleno de asombro, pobre mortal! ¿Crees, pues, que el imperio de la destruccion no tiene límites, y que es eterno el sueño que se duerme en el seno de la Tierra?»

Tabita quiere acercarse á la profetisa, pero un poder sobrenatural la retiene en su sitio.

Y Débora añade:

«Escucha! tú tienes más que nadie necesidad de conocer los secretos de la resurreccion; tú tienes más que nadie necesidad de consuelos, porque morirás dos veces: tú, á quien amo tan tiernamente, me ves llorar tu primera muerte. Sábelo, en fin, querida Tabita; la voz del Mediador ha despertado á sus escogidos, que dormian en sus sepulcros: un dia los despertará á todos...

«Cuando la Tierra reclame tus restos mortales, duérmete con la dulce confianza de una segunda creacion. La noche de los sepulcros, el sordo ruido de la tierra que rueda sobre un ataud, el silencio de las tumbas abandonadas, las imágenes más horribles de la destruccion no podrian espantar al que sabe que, el dia del juicio universal, Dios le hará vivir la vida de los ángeles.»

Las cuerdas del arpa vibran solas, y hablan un lenguaje celestial; pero muy luego hace oir Débora otra vez su voz profética:

«¿Cómo te explicaré yo lo que sentí cuando una vida nueva me hizo salir de mi sepulcro cubierta de flores; cuando mi vaso de tierra vino á ser inmortal; cuando, llevada en alas de los querubines, descendió sobre mí la transformacion?... Mis ojos buscaban en vano el trono del que me habia creado segunda vez, y cuya presencia me anunciaba un hálito divino.»

El canto de Débora se ha atenuado por grados, y con el canto el esplendor con que ella brillaba. Ya no queda de la radiante vision más que un pálido reflejo, un ligero ruido que huye y desaparece como el último brillo del crepúsculo de la tarde, como el último suspiro de un moribundo.

Tabita tiende los brazos hácia el Cielo y se eleva en santo éxtasis.

El corazon de Gedor era tan accesible á la alegría como á la tristeza; pero su alma piadosa se sometia sin murmu-